

**Robert A. Heinlein**  
**EL GATO  
QUE ATRAVIESA  
LAS PAREDES**

La última obra del gran maestro: imaginativa, mordaz,  
lúcida... un Heinlein en su estado más puro.



Novela que afronta una apasionada, provocativa y sagaz mirada a los mundos del futuro... mundos de posibilidad y esperanza, riesgo y amor, en los que la historia se ha vuelto loca y unos pocos hombres y mujeres intentan controlar el destino y evitar el desastre a lo largo y ancho de todo el tiempo y el espacio.

En *El gato que atraviesa las paredes*, seguimos al coronel Colin Campbell, alias el doctor Richard Ames, alias el senador Richard Johnson, un personaje en la más espléndida tradición heinleniana de filósofo/soldado/vagabundo, a lo largo de una tormentosa aventura que es en parte Tom Jones, en parte *La guerra de la galaxias*, en parte *La máquina del tiempo*... y, por supuesto, innegablemente Heinlein. Desde los lujosos condoms orbitales hasta las zonas de libre empresa del Salvaje Oeste de la Luna y hasta los alucinantes mundos de fantasía del pasado y del futuro, encontramos en esta obra del gran maestro de la ciencia ficción mundial lugares imaginarios que son a la vez familiares y extraños, reales y fantásticos, y que solamente un genio de la talla de Heinlein podía crear.

A:  
Jerry y Larry y Harry  
Dean y Dan y Jim  
Poul y Buz y Sarge  
(Hombres que tienes a tus espaldas)

R.A.H.

¡Ah Amor! ¡Pudiéramos tú y yo conspirar con Él para aferrar entero ese lamentable Esquema de las Cosas, para que no se deshiciera en pedazos y luego remodelarlo más cerca de los Deseos del Corazón!

RUBÁIYÁT DE OMAR KHAYYÁM  
Cuarteta XCIX, Quinta Edición  
(traducida por Edward FitzGerald)

## **Libro Primero**

### Indiferentemente honesto

# 1

*Hagas lo que hagas, lo lamentarás.*

ALLAN MCLEOD GRAY, 1905-1975

—Necesitamos que mate a un hombre.

El desconocido miraba nerviosamente a nuestro alrededor. Tuve la sensación de que un restaurante repleto no era el lugar más adecuado para ese tipo de conversación, puesto que un alto nivel de ruido proporciona solamente una limitada intimidad.

Agité la cabeza.

—No soy un asesino. Matar es más bien una distracción para mí. ¿Ha cenado?

—No he venido aquí para comer. Simplemente deje que...

—Oh, vamos. Insisto. —Me había irritado al interrumpir una velada con una deliciosa dama; ahora le estaba devolviendo la pelota de una forma educada. No hay que utilizar los malos modales; hay que vengarse firme pero cortésmente.

La dama en cuestión, Gwen Novak, había expresado su deseo de gastar una moneda y había abandonado la mesa, y entonces Herr Sinnombre se materializó y se sentó sin que nadie le hubiera invitado a ello. Estaba a punto de decirle que se largara cuando mencionó un nombre, Walker Evans.

No hay ningún Walker Evans.

En cambio, ese nombre es o debería ser un mensaje de una de seis personas —cinco hombres, una mujer—, un código para recordarme una deuda. Es concebible que el pago de esa antigua deuda exija de mí que mate a alguien... posible pero poco probable.

Pero no era concebible que yo tratara por encargo de un desconocido por el simple hecho de que hubiera invocado ese nombre.

Aunque me sentía obligado a escuchar, no tenía intención de permitirle que estropeará mi velada. Puesto que se había sentado a mi mesa, lo menos que podía exigirle era que se comportase como un maldito invitado.

—Señor, si no desea una cena completa, pruebe las sugerencias para después del teatro. El ragú de conejo sobre tostadas puede que sea rata en vez de conejo, pero este chef hace que sepa como ambrosía.

—Pero no deseo...

—Por favor. —Alcé la vista, capté la mirada de mi camarero—. Morris.

Morris estaba inmediatamente a mi lado.

—Tres raciones de ragú de conejo, por favor, Morris, y pídele a Hans que seleccione para mí un vino seco blanco.

—Sí, doctor Ames.

—No lo sirva hasta que haya regresado la dama, por favor.

—Por supuesto, señor.

Aguardé hasta que el camarero se hubo retirado.

—Mi invitada volverá pronto. Tiene poco tiempo para explicarse en privado. Por favor, empiece diciéndome su nombre.

—Mi nombre no es importante. Yo...

—¡Vamos, señor! Su nombre. Por favor.

—Me indicaron que dijera simplemente «Walker Evans».

—Perfecto, en lo que a eso se refiere. Pero su nombre no es Walker Evans, y yo no quiero saber nada con una persona que no me da su nombre. Dígame quién es usted, y

sería conveniente que dispusiera de algún documento de identidad que encajase con sus palabras.

—Bien... Coronel, es mucho más urgente explicar quién debe morir y por qué es usted el hombre que debe matarlo. ¡Tiene que admitir eso!

—No tengo que admitir nada. ¡Su nombre, señor! Y sus documentos de identificación. Y por favor, no me llame «coronel»; soy el doctor Ames. —Tuve que alzar la voz para no verla ahogada por un resonar de tambores; el último espectáculo iba a empezar. Las luces disminuyeron de intensidad y un foco arrojó su haz de luz sobre el maestro de ceremonial.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —Mi invitado no invitado rebuscó en su bolsillo, sacó una billetera—. ¡Pero Tolliver debe morir antes del mediodía del domingo, o todos nosotros estaremos muertos!

Abrió bruscamente la billetera para mostrarme una tarjeta de identificación. Un pequeño punto oscuro apareció en la pechera de su camisa blanca. Su rostro reflejó una expresión de sorpresa, luego dijo blandamente:

—Lo siento.

Y se derrumbó hacia delante. Pareció como si intentara añadir algo, pero una bocanada de sangre inundó su boca. Su cabeza descansó sobre el mantel.

Inmediatamente yo estaba de pie y junto a su lado derecho. Casi con la misma rapidez Morris estaba en su lado izquierdo. Quizá Morris intentaba ayudarlo; yo no..., era demasiado tarde. Un dardo de cuatro milímetros produce un pequeño agujero de entrada y ninguna herida de salida; estalla dentro del cuerpo. Cuando la herida se produce en el torso, la muerte es instantánea. Lo que estaba haciendo yo en aquellos momentos era escrutar la multitud..., eso y un trabajo rutinario menor.

Mientras yo intentaba descubrir al asesino, Morris recibió la ayuda del jefe de camareros y un conductor de autobuses. Los tres actuaron con tanta rapidez y eficiencia que

cualquiera hubiese pensado que el asesinato de un cliente en una mesa era algo que ocurría cada noche. Retiraron el cadáver con la rapidez y discreción de los tramoyistas chinos; un cuarto hombre se llevó el mantel, junto con todo lo que tenía encima, y al instante era repuesto por otro mantel limpio con servicio para dos personas.

Volví a sentarme. No había conseguido descubrir ningún posible asesino; ni siquiera observé a nadie exhibiendo una curiosa falta de curiosidad hacia lo que ocurría en mi mesa. La gente había mirado, pero una vez retirado el cuerpo dejó de mirar y dedicó su atención al espectáculo. No hubo gritos ni expresiones de horror; parecía como si aquellos que se habían dado cuenta de lo ocurrido creyeran estar viendo a un cliente que se había puesto repentinamente enfermo o había sido vencido por el alcohol.

La billetera del muerto descansaba ahora en el bolsillo izquierdo de mi chaqueta.

Cuando Gwen Novak regresó me puse de nuevo en pie, la ayudé a sentarse. Me dio las gracias con una sonrisa y preguntó:

—¿Me he perdido algo?

—No mucho. Chistes que ya eran viejos antes de que tú nacieras. Otros que lo eran antes incluso de que naciera Neil Armstrong.

—Me gustan los chistes viejos, Richard. Con ellos sé cuándo debo reírme.

—Entonces has venido al lugar adecuado.

A mí también me gustan los chistes viejos; me gusta todo tipo de cosas viejas: los viejos amigos, los viejos libros, los viejos poemas, las viejas obras de teatro. Una de mis favoritas había iniciado nuestra velada: el *Sueño de una noche de verano*, representada por el Halifax Ballet Theater con Luanna Pauline como Titania. Ballet de baja gravedad, actores reales y mágicos hologramas habían creado un país de ensueño que a Will Shakespeare le hubiera encantado. La novedad no siempre es una virtud.

Poco después la música ahogó las últimas palabras del ingenio del viejo cómico; las chicas del coro ondularon en la pista de baile, sensualmente graciosas a media gravedad. Llegó el ragú, y con él el vino. Después de cenar Gwen me pidió que bailásemos. Tengo esa pierna mala, pero a media gravedad puedo arreglármelas con las lentas melodías clásicas: vals, tango, y todos esos otros bailes de arrimarse. Gwen es un peso cálido, vivo, fragante; bailar con ella es un desafío sibarítico.

Fue un remate alegre a una feliz velada. Estaba aún el asunto del desconocido que había tenido el mal gusto de dejarse matar en mi mesa. Pero, puesto que Gwen no parecía saber nada del desagradable incidente, yo lo había borrado de mi mente, para ocuparme de él más tarde. Por supuesto, estaba preparado para ese golpecito en el hombro que podía producirse en cualquier momento..., pero mientras tanto disfrutaba de la buena comida, el buen vino y la buena compañía. La vida está llena de tragedia; si dejas que te abrume, no puedes gozar de los inocentes placeres de la vida.

Gwen sabe que mi pierna no soporta mucho baile; a la primera pausa de la música abrió camino de vuelta a nuestra mesa. Hice una seña a Morris para la cuenta. Pareció hacerla brotar del aire; pulsé mi código de crédito en ella, establecí la propina estándar más un cincuenta por ciento, añadí mi huella dactilar.

Morris me dio las gracias.

—¿Una última copa, señor? ¿Un coñac quizás? ¿Y una copita de licor para la señora? Con los saludos de El Fin del Arco Iris. —El propietario del restaurante, un viejo egipcio, creía en el obsequio y la atención a sus clientes..., al menos a los regulares; ignoro cómo trataba a los turistas de paso.

—¿Gwen? —pregunté, esperando que rechazara la oferta... Gwen se limita a beber un vaso de vino en las comidas. Sólo uno.

—Un Cointreau sería muy agradable. Me gustaría quedarme un poco más y escuchar música.

—Un Cointreau para la dama —anotó Morris—. ¿Doctor?

—Un *Mary's Tears* y un vaso de agua, por favor, Morris.

Cuando Morris se hubo ido, Gwen dijo suavemente:

—Necesitaba tiempo para hablar contigo, Richard. ¿Quieres dormir en mi casa esta noche? No seas recatado; puedes dormir solo si quieres.

—No soy de las personas inclinadas a dormir solas —dije. Repasé mentalmente las posibilidades. Gwen había pedido una bebida que no deseaba a fin de hacerme un ofrecimiento que no encajaba. Gwen es una persona franca; tenía la sensación de que si deseara acostarse conmigo simplemente me lo hubiera dicho..., no hubiera intentado una aproximación indirecta como aquella.

En consecuencia, me había invitado a dormir en su compartimiento porque pensaba que no era aconsejable o no resultaba seguro para mí el dormir en mi propia cama. En consecuencia...

—Viste lo que pasó.

—Desde lejos. Así que esperé a que las cosas se calmaran antes de regresar a la mesa. Richard, no estoy segura de lo que ocurrió. Pero si necesitas un lugar donde permanecer algunos días... puedes ser mi huésped.

—Oh, gracias, querida. —Un amigo que ofrece su ayuda sin pedir explicaciones es un tesoro inapreciable—. Acepte o no, estoy en deuda contigo. Hum, Gwen..., yo tampoco estoy muy seguro de lo ocurrido. Un completo desconocido que se hace matar mientras está intentando decirte algo... Un cliché, un maldito y trillado cliché. Si imaginara una historia así cada día, mi gremio me repudiaría. —Le dirigí una sonrisa—. En su forma más clásica resultaría que tú eras la asesina..., un hecho que se iría desarrollando lentamente mientras tú fingías ayudarme en la investigación. El lector sofisticado sabría desde el primer capítulo

que tú lo hiciste, pero yo, en el papel de detective, nunca sospecharía aquello que era tan evidente como la nariz en medio de la cara. Corrección: en medio de mi cara.

—Oh, mi nariz es más bien poco llamativa; es mi boca lo que recuerdan los hombres. Richard, no te estoy ayudando a colgarme a mí el muerto; simplemente te ofrecí un lugar donde esconderte. ¿Fue realmente asesinado? No pude decirlo con seguridad.

—¿Eh? —Fui salvado de tener que contestar demasiado rápidamente por la llegada de Morris con nuestras copas. Cuando se alejó respondí—: No he pensado en ninguna otra posibilidad. Gwen, no fue herido. O bien fue muerto casi instantáneamente..., o todo fue un engaño. ¿Pudo ser un engaño? Por supuesto. Si fuera ofrecido en una representación holo, podría filmarse a tiempo real con un mínimo de utilería. —Medité sobre ello. ¿Por qué la gente del restaurante había sido tan rápida, tan precisa, en cubrir el suceso? ¿Por qué no se habían producido aquellos golpeitos en el hombro?—. Gwen, acepto la oferta. Si los procuradores quieren algo de mí, me encontrarán. Pero me gustaría discutir esto contigo con mayor detalle del que podemos conseguir aquí, no importa lo cuidadosamente que bajemos nuestras voces.

—Bien. —Se puso en pie—. No tardaré mucho, querido.

Se encaminó a los servicios.

Cuando me levanté Morris me tendió mi bastón, y me recliné en él mientras la seguía a los servicios. Realmente no necesito usar bastón —incluso puedo bailar, como saben—, pero usarlo impide que mi pierna mala se canse demasiado.

Cuando salí de los servicios de caballeros, fui al vestíbulo y aguardé.

Y aguardé.

Tras aguardar más de lo que cualquiera hubiese considerado razonable, fui a buscar al encargado.

—Tony, ¿puede hacer que algún miembro femenino de su personal vaya a los lavabos de señoras en busca de la señora Novak? Creo que es posible que se haya sentido indispuesta, o tenga alguna dificultad.

—¿Su acompañante, doctor Ames?

—Sí.

—Pero si se marchó hará unos veinte minutos. Yo mismo la acompañé fuera.

—¿De veras? Debí entenderla mal. Gracias, y buenas noches.

—Buenas noches, doctor. Esperamos poder servirle de nuevo muy pronto.

Abandoné El Fin del Arco Iris, me detuve unos instantes fuera, en el pasillo público: anillo treinta, nivel de media gravedad, a dos setenta del radio de Petticoat Lane, en el sentido de las manecillas del reloj, un lugar concurrido incluso a la una de la madrugada. Busqué a los procuradores esperándome, casi convencido de descubrir a Gwen ya detenida.

Nada parecido. Un denso fluir de gente, en su mayor parte marmotas de vacaciones a juzgar por sus ropas y su comportamiento, además de reclamos de todo tipo de tiendas, guías y mirones, rateros y curas. El hábitat de la Regla de Oro es conocido en todo el Sistema como el lugar donde todo está en venta, y Petticoat Lane ayuda a mantener esa reputación en lo que a abundancia de antros de placer se refiere. Para asuntos más serios solamente necesitas seguir noventa grados en el sentido de las manecillas del reloj, hasta la calle Threadneedle.

Ninguna señal de procuradores, ninguna señal de Gwen.

Ella había prometido reunirse conmigo a la salida. ¿Lo había hecho realmente? No, en absoluto. Sus palabras exactas habían sido: «No tardaré mucho, querido». A partir de ellas había supuesto que me esperaba en la salida del restaurante a la calle.

He oído todas las viejas historias acerca de las mujeres y el tiempo, *La donna è mobile*, etc..., y no creo en ninguna de ellas. Gwen no había cambiado repentinamente de opinión. Por alguna razón —alguna buena razón—, se había marchado sin mí, y ahora esperaba que me reuniera con ella en su casa.

Eso al menos fue lo que me dije.

Si había tomado un deslizador, ya estaría allí; si había ido andando, no tardaría mucho en llegar... Toni había dicho: «Hace veinte minutos». Había una terminal de deslizadores en la intersección del anillo treinta y Petticoat Lane. Encontré uno vacío, tecleé anillo uno-cero-cinco, radio uno-treinta-cinco, gravedad seis décimos, lo cual me llevaría tan cerca del compartimiento de Gwen como era posible con un deslizador público.

Gwen vive en Gretna Green, justo al otro lado de la Vía Apia, allá donde cruza con la Yellow Brick Road..., lo cual no significa nada para quien no haya visitado nunca el hábitat de la Regla de Oro. Algunos «expertos» en relaciones públicas han decidido que los hábitats parecerán algo más hogareños si los rodeamos con nombres de lugares de allá donde puedes levantar polvo del suelo. Incluso hay (contengan las náuseas, por favor) una «Casita de la Esquina». Lo que pulsé eran las coordenadas del cilindro principal: 105, 135, 0,6.

El cerebro del deslizador, en algún lugar allá por el anillo diez, aceptó aquellas coordenadas y aguardó; tecleé mi código de crédito y tomé posición, agachado contra las almohadillas de aceleración.

Aquel idiota de cerebro se tomó un tiempo insultantemente largo en decidir que mi crédito era bueno..., luego situó una red en torno a mi cuerpo, la tensó, cerró la cápsula y, ¡buff! ¡bing! ¡bam!, nos pusimos en marcha..., luego un rápido flotar durante tres kilómetros desde el anillo treinta al anillo uno-cero-cinco, luego ¡bam! ¡bing! ¡buff!, estaba en Gretna Green. El deslizador se abrió.

Para mí el servicio vale lo que cobra. Pero el Administrador lleva dos años advirtiéndonos que el sistema no es rentable; o bien hay que utilizarlo más, o habrá que pagar más por viaje, o el servicio será liquidado y el material vendido. Espero que encuentren una solución; hay gente que necesita este servicio. (Sí, lo sé; la teoría de Laffer siempre dará dos soluciones a un problema así, una alta y una baja..., excepto donde la teoría afirma que ambas soluciones son la misma... e imaginarias. Lo cual puede aplicarse aquí. Es posible que un sistema de deslizadores sea demasiado caro para un hábitat espacial en el actual estado del arte de la ingeniería).

Fue una pequeña caminata hasta el compartimiento de Gwen: escaleras abajo hasta gravedad siete décimos, cincuenta metros «hacia delante» hasta su número... Llamé al timbre.

La puerta respondió:

—Esta es una grabación de la voz de Gwen Novak. Me he ido a la cama y espero estar tranquilamente dormida. Si su visita es realmente una emergencia, deposite cien coronas a través de su código de crédito. Si acepto que el despertarme es justificado, le devolveré su dinero. Si no estoy de acuerdo... —una risita entre dientes—, me lo gastaré en ginebra y le dejaré fuera de todos modos. Si su llamada no es una emergencia, por favor grabe su mensaje tras oír mi grito.

Sus palabras fueron seguidas por un agudo grito que se cortó bruscamente, como si el que lo había proferido hubiera sido estrangulado.

¿Era aquello una emergencia? ¿Era una emergencia de cien coronas? Decidí que no era aquel tipo de emergencia, así que grabé:

—Querida Gwen, al habla el fiel caballero Richard. De alguna manera, nuestros cables se cruzaron a la salida del restaurante. Pero podemos arreglar las cosas por la maña-